



- ◆ Trabajo realizado por el equipo de la Biblioteca Digital de la Fundación Universitaria San Pablo-CEU



- ◆ Trabajo realizado por el equipo de la Biblioteca Digital de la Fundación Universitaria San Pablo-CEU

Los escritores de la policía

"Camus ha sido comunista en otro tiempo; sigue el camino normal que llevan esos atormentados que, desertores del comunismo, disimulan mal el rencor hacia el partido comunista con un misticismo del Bajo Imperio y con palabras de amor para el género humano. En realidad, a las opiniones de esos pillos, debe negárseles toda consideración por ser juicios fundados en la fidelidad a la patria durante la opresión hitleriana. Sin duda, está relacionado con los intereses de la firma Gallimard; el pabellón de de Gaulle y los colores de la cuadra de la N.R.F. están armoniosamente asociados".

Tal es el tipo de los argumentos utilizados por M. Pierre Hervé en el semanario destinado a los "intelectuales" del partido comunista (1); tal es la altura a que se eleva la polémica comunista cuando es aliviada de las servidumbres que impone la preocupación de la eficacia en la acción psicológica sobre las masas. Si Camus no es comunista, o si ha cesado de serlo, si no obedece ya a las consignas comunistas de prohibición mantenidas contra ciertos escritores por razón de su actitud como tales bajo la ocupación alemana, es porque Montherlant, Giono y Juyhaudesa son escritores de la firma Gallimard; el interés de ésta es -

(1) Action, 4-10 de febrero de 1.948.

que los libros de aquéllos se vendan, el interés de Camus es servir al interés de la firma Gallimard; Montherlant, Giono y Jouhandeau son vendidos por Gallimard, y Camus está vendido a Gallimard; Paulhan también, naturalmente y, como por casualidad, Paulhan forma parte asimismo de la conspiración. Todo se explica. Explicación materialista de la historia. ¿No tendrán por casualidad, Camus y Paulhan, un pequeño tanto por ciento sobre cada libro de Montherlant, Giono y Jouhandeau vendido al público? M. Hervé no nos lo dice. Nos lo da a entender.

Uno puede indignarse. Uno puede indignarse de ver a un hombre como M. Pierre Hervé, un hombre que no es ni estúpido, ni inmoral en el sentido burgés de la palabra, ni puede ser vulgar, consentir en el género de degradación que lleva consigo la tarea que acepta. Pero la indignación en éstas materias tiene algo de pueril. Uno puede también pensar: "He aquí un hombre que hace la guerra, y que piensa que en la guerra todo está permitido. Respondamos con las mismas armas. Digamos que M. Pierre Hervé es un criado político, un hombre a sueldo que no escribe lo que escribe más que porque se le paga y para que se le pague. Hablemos del oro de Moscú. Esto siempre causa efecto en el público". Pero uno no se resigna a esto sin pena. Una de las fuerzas de la acción comunista — una fuerza no menos eficaz que la disciplina absoluta de las organizaciones y el admirable valor de los militantes — es la decisión implacable de abandonar a los no comunistas todas las trabas, todos —

los inconvenientes que llevan consigo, para la acción práctica, los imperativos, las repulsiones y las repugnancias de la conciencia individual frente a ciertos procedimientos de combate. "Dejemos, piensan los amigos de M. Hervé, a esos "idealistas" desembarazarse como pueden de la impedimenta, de la conciencia. La verdad, la justicia y los miramientos para la vida o para el honor de un hombre son otras tantas grietas o fisuras en el bloque contrario; sepámoslos servirnos de ellas contra el bloque adverso sin que nos estorben a nosotros. No son las armas fundamentales para el combate; son municiones suplementarias". Sí, está bien una fuerza de tal forma liberada de escrúpulos, pero posiblemente existe una especie de delectación espiritual, un "misticismo de Bajo Imperio" que se opone a dejar al partido comunista el beneficio de esa fuerza.

Por lo demás, el caso no sería tan grave, si el recurso de una argumentación como la que he citado en el ejemplo que encabeza éstas líneas, fuese solamente el producto de cualquier periodista degenerado, dispuesto a las más ignominiosas degradaciones que se le exijan para conservar el empleo. Lo serio del asunto es que no se puede recurrir a la bajeza y a la impostura deliberada siendo un buen comunista; y que sea imposible ser un buen comunista sin recurrir a la impostura y a la bajeza. Pues ni por casualidad, he leído jamás, salida de pluma de un escritor comunista, una página que testimonie aprecio o conside

ración para con el enemigo en pie, de clemencia o de respeto ante el adversario caído, un movimiento de piedad, o de admiración, o de fraternidad humana respecto al que milita en otro campo -sino por táctica y por astucia- o ni aún el simple desee, posiblemente ingenuo pero estimable, de ser buen jugador. Es preciso compadecer a los polemistas comunistas, al experimentar a veces el sentimiento de la satisfacción, al mismo tiempo humana y profesional, de dar en ocasiones la razón al adversario, o solamente de dialogar con él con honradez, sin tener que pensar en las consignas dadas por las oficinas de propaganda y de "psicotecnia". Y es preciso compadecerles más si no lo experimentan. Pero tanto en un caso como en otro, carecen de libertad para manifestarse. Preciso es reconocer que nos encontramos en presencia de un sistema de valores en el que, sacrificando cualquier consideración a la eficacia combativa, se obliga al escritor comunista honrado a ser un escritor inmoral, forzado en nombre del honor comunista, que no es más que el honor de servir, a asumir el deshonor simplemente.

Sé perfectamente que más de un doctrinario o táctico -es lo mismo- del comunismo no verá en éstas notas más que una especie de fariseísmo aborrecible, y pensará que el escritor "burgués" tan cuidadoso de estar en regla, en la dura lucha política, con su delicada conciencia personal, no es más que un servidor de mala fé del régimen establecido. Pues estando el escritor burgués instalado en la fortaleza del ca

pitalismo, tiene más ratos de ocio para cultivar su delicada conciencia, que los que dan el asalto a la fortaleza; razona, pues, con ventaja. Pedir a los escritores revolucionarios ser elegantes, buenos jugadores, evitar susceptibilidades, mantener el debate a una cierta altura, preferir la verdad a la impostura aunque la verdad haga menos efecto y reconocer, a veces, que el argumento del adversario es sólido, o al menos desinteresado, es pedirles que abandonen la acción en la que están empeñados, es pedirles que debiliten esa acción y que trabajen - pues, en provecho del capitalismo. ¿En qué consiste esa vanidad burguesa de creer que el escritor asume obligaciones ante su propia conciencia de escritor? ¿qué vanidad es esa que concede tanta importancia a - que la "persona" del escritor sea maral? Individualismo. El escritor proletario es barrado de una vez para siempre en el servicio de la causa proletaria. Su propia persona no interesa, sino en el grado en que es un buen instrumento de guerra al servicio del proletariado. El tiene el derecho de tener talento, porque su talento será útil al proletariado. No tiene derecho a poseer una conciencia que sería su propio juez, pues ésta conciencia podría encontrarse en desacuerdo con el servicio del proletariado. Sus satisfacciones de conciencia, son las que él experimenta al pensar que sirve bien al proletariado, y la mejor manera de servir al proletariado, no es desacreditar, sutil o brutalmente, a todos los escritores que no combaten en las filas comunistas, -

ejército del proletariado, y que por esto mismo combaten contra él?.

Volvamos al caso de M. Pierre Hervé. M. Pierre Hervé es demasiado inteligente para creer que Camus cobra una pequeña comisión por cada libro de Montherlant, Giono o Jouhandeau vendido por la firma Gallimard, o ni siquiera que M. Camus cobrará una comisión importante de la firma Gallimard a fin de año si, gracias a sus buenos oficios Montherlant, Giono y Jouhandeau, liberados de la maldición que hace pesar sobre ellos el terrible C.N.E., vuelven a estar en circulación normal -si es que alguna vez han estado fuera-. No. M. Pierre Hervé piensa únicamente: "supongamos que Camus está pagado por Gallimard para ayudar a Montherlant, Giono y Jouhandeau a desembarazarse de la hipotética condenación del C.N.E., ¿qué haría? Tendría por nula y no dictada la condenación del C.N.E., con el fin de incitar a los demás escritores y al público a olvidar esa condenación. Aceptaría - pues que su firma figurase al lado de las de Montherlant, de Giono y de Jouhandeau. Ahora bien, lo que él haría si se le pagase por hacerlo, lo hace aún no estando pagado. El resultado es el mismo que si Camus lo fuese. Por tanto, no está pagado. ¿Voy a decir que no está pagado? Si digo que no está pagado, o si no digo que está pagado, - mis lectores comunistas son capaces de sacar la conclusión de que, - haciendo lo que hace sin ningún interés material en hacerlo, tiene - para ello otras razones diferentes de las del interés material, estas



razones que pueden ser buenas y que merecen, por lo menos, ser examinadas. Sin embargo, no es bueno que las razones que uno tiene para no acatar las consignas del C.N.E. sean examinadas, pues esto puede conducir a examinar las razones de dichas consignas. Vale más decir que Camus está pagado. Eso cierra la discusión y nos evita examinar esas razones. Dios sabe adonde podría conducir su examen. Evidentemente, - si Camus hace lo que hace, no es para prestar un servicio a un patrón capitalista y para obtener un beneficio personal. Pero puede concebirse que un hombre haría lo que hace Camus para prestar ese servicio y para obtener ese beneficio. Subjetivamente, la acción honrada es diferente de la acción deshonrosa que yo imagino; pero, objetivamente, considerada en sus resultados, es idéntica. Luego, objetivamente, puede considerarla y tratarla como una acción deshonrosa, puede decir que es deshonrosa, puesto que es el medio más seguro de desacreditarla, y es preciso hacerla. Escribiré pues que Camus no es honrado. En un cierto sentido, objetivamente, es verdad".

Este procedimiento de descrédito "médico" es ya conocido. Ha existido, existe en todas las formaciones políticas combatientes. Ha sido erigido por la U.R.S.S. en método "psicotécnico" de combate contra todas las resistencias o desviaciones opositoras. La unanimidad no existe. Hay opositores. Pero la opinión, aún comunista, aún en la U.R.S.S. no está todavía preparada para admitir que la oposición por el hecho

de actuar como tal, sea infamante o un crimen. Es preciso, pues, asimilar la oposición al "sabotaje", que vaya acompañada de actos de "sabotaje". Esto ya es más grave. Pero no basta todavía. Un saboteador puede ser honrado, puede ser desinteresado. Si un hombre honrado y desinteresado puede tener razones para sabotear el régimen, esto arroja una sospecha sobre él. Es preciso, pues, que el saboteador esté pagado. - He lo aquí venal y por lo tanto infame. No es suficiente todavía. Es preciso que esté pagado por el extranjero, por el enemigo real o virtual de la patria. Es lamentable para M. Hervé que Gallimard no sea americano; pero yo le sugiero que Gallimard publica muchas traducciones de novelas americanas; tiene pues obligaciones para con América; América puede darle qué sentir, puede exigirle que pida a Camus - o a Paulhan - que haga pasar de contrabando a Montherlant, Giono y Jouhandeau para chasquear a los comunistas; y Camus - o Paulhan - se convierte en un enemigo de la independencia nacional, en un "agente" al servicio de América. Vuelvo a mi saboteador. He lo aquí no sólo venal, sino traider. La moral y la patria de un solo golpe. Todo va bien. Queda una última duda: ¿los motivos de la acusación son sólidos, son piezas indiscutibles? Un sólo medio hay para convencer a las masas: la confesión del culpable. Por persuasión o violencia, el opositor confesará pues que es saboteador, que está pagado y que es traider; pues únicamente a los saboteadores y a los traidores infames puede ocurrírseles la idea de -

no ajustarse a la línea general de la política del partido, y he aquí a esta línea general santificada y puesta fuera de discusión. La mujer de César no puede ser sospechosa. Para que no pueda ser sospechosa se aniquila a todos los que pongan en duda su virtud en una abyección que ellos mismo proclaman. Esto es un proceso de Moscú. El partido para el cual trabaja M. Pierre no está todavía en condiciones de hacer confesar a Camus - o a Paulhan - que es un saboteador a sueldo de los enemigos imperialistas de la patria francesa. Pero si está en condiciones de darlo a entender substituyendo a la realidad de Camus - o de Paulhan - la del agente de los servicios secretos americanos que, con una sutilidad infernal, se comportaría como ellos se comportan y cuya acción tendría los mismos resultados objetivos. El artículo de Pierre Harvé es un comienzo, un pequeño comienzo, de proceso de Moscú.

Lo que da interés al asunto, es que los procesos de Moscú, pasados o futuros, son como todos los procesos intentados por una oposición política; son procesos políticos, negocio de la policía política. Son el resultado del trabajo de la policía política, que descubre las oposiciones, arresta a los opositores, reúne contra ellos los cargos y los obliga finalmente, por procedimientos que conocemos mal, y que no podemos <sup>ver</sup> adivinar, a deshonrarse ellos mismos para honrar a la Revolución y al régimen del que proceden. El pequeño proceso de Moscú conde-

cido por M. Pierre Hervé, permanece, hasta que se abran nuevas posibilidades, en manos de un hombre de pluma no todo lo completo que un escritor debe ser, pero si algo parecido. Los escritores franceses no - comunistas, a los que es preciso desacreditar, no pueden ser puestos, por ahora, en manos de la policía política para obligarles a gritar o a proclamar su infamia ante el mundo. Es necesario pues ponerlos, a falta de la policía, entre las manos de escritores comunistas para que éstos comiencen su trabajo, mientras llega el de la policía política. Ser la vanguardia, es la misión del escritor comunistas, la vanguardia de la policía. Esto, a pesar de cuanto pueda decirse en contra, es una novedad.

Todas las policías, bajo todos los regímenes, emplean contra los enemigos del régimen el sistema de la difamación policiaca. Es la regla del juego. El juego ha sido, indudablemente, llevado más lejos por las tiranías modernas, en la Alemania nacional-socialista, en la Rusia soviética; sus reglas han sido meditadas, sistematizadas, establecidas sobre los sólidos fundamentos de la técnica, pero, en resumidas cuentas, no datan de ayer. Todos los regímenes tienen sus guías, sus proveedores de cárceles y sus ejecutores de bajas tareas y de obras elevadas. Pero no todos los regímenes han exigido a los hombres de pluma hacer, en "el ejercicio de sus funciones", de guías, proveedores de cárceles, de auxiliares de la represión y de la exterminación de los opo-

sitores. Sin embargo, no podemos olvidar -ni se nos permite- que el partido comunista intenta apoderarse del poder por la legalidad o por la violencia, o por una mezcla de ambas; que una vez en el poder tiene la intención de proceder a la eliminación "física", por la muerte o por la prisión, o por los campos de trabajo-forzado, ello no importa, de todos los que han hecho, objetivamente, es decir honradamente o no, con o sin voluntad premeditada, el juego de la "burguesía", de todos los que han combatido al partido de la Revolución en marcha, o que han desertado, o que sencillamente se han negado a servirle; y entre todos, en primer lugar a los escritores cuya influencia y actuación han molestado o molestan en alguna forma al partido comunista. - Desde éste momento es preciso apereibir, detrás del hombre que sujeta la pluma, al que sostiene la pistola, detrás del polemista, al que le conducirá al interrogatorio; detrás del que escribe: "X es un traidor" al que hará proclamar a X: "Yo soy un traidor". En un caso como el de Pierre Hervé una duda está permitida ciertamente; o bien Pierre Hervé trabaja para desacreditar a sus adversarios porque ha recibido orden de hacerlo, porque sus nombres le han sido facilitados como los de - hombres a los que había que desacreditar ante la opinión, con el fin de preparar a ésta para las medidas de represión o de violencia que - se reserva tomar contra ellos; o bien ha escogido él mismo sus blancos, porque cree obrar bien preparando el terreno a la represión y a

la violencia, y permitiendo forjar, a los cuadros revolucionarios de la futura policía política, los expedientes completos. En el primer caso, él no tiene la iniciativa; en el segundo sí. En el primer caso él espera órdenes; en el segundo va a su encuentro. Pero tanto en un caso como en otro, es un colaborador de la policía política. Desmonta y prepara el terreno para la policía. Trabaja para la policía. Es el primer eslabón de una cadena que a través del revolucionario armado, del miembro del Comité de vigilancia del distrito o del inmueble, del cabo de varas, el interrogador, el fiscal y el juez llegan hasta el ejecutor sin que falte un solo eslabón. Un escritor que fué comunista, y que el partido comunista considera como un traidor porque cometió el error de concebir en forma diferente a la de los amigos de Pierre Hervé, en 1.939, lo que Pierre Hervé llama la "fidelidad a la patria" y el crimen de ir a hacerse matar en el frente con una extravagancia guerrera, verdadero saboteador que desaprobaba el Pacto germano-soviético, calificado un día bastante duramente por los escritores que combatían al comunismo, e solamente haciendo "diversión" de la necesidad de la Revolución comunista, defendían de hecho los intereses de la burguesía y los cofres fuertes de la misma; él les llama "perros guardianes". A sus ojos, yo era sin duda de esos perros guardianes. Yo lo seré todavía, seguramente. No tiene importancia. Pero el papel desempeñado por esos escritores, impecables servidores del partido, que, no

contentos con aceptar -como puede ser indispensable hacerle tan pronto como uno se mezcla en la acción política, y no es posible pedir al escritor que no se mezcle, y hay evidentemente un fanatismo en encerrarse en la pureza cómoda del ideal prohibiéndose el dominio impuro de las realizaciones- no contentos con aceptar los compromisos de la acción política, se hacen una regla suprema de las peores corrupciones - policíacas de dicha acción, de las utilidades de la delación, de la difamación y de la represión; el papel de esos escritores que, no contentos con deshonorarse hacen un honor de la deshonra, y encuentran el medio de trocar en buena conciencia de comunistas su mala conciencia de policías auxiliares, lo que no es el papel de perros guardianes a la puerta de las casas burguesas. Pero yo no puedo dejar de pensar que se parecen bastante a los perros de la policía marchando delante de los batallones andalinos de la policía política. Se les hace olfatear el escrito del sospechoso. Ellos se lanzan a la caza, alcanzan al sospechoso, ladran muy fuerte para que no se pierda la pista y sujetan sólidamente a la víctima por el faldón de su vestido con sus buenos dientes, hasta la llegada de los policías.

Bien pensado, necesario es consolarse de ver a los servidores "literarios" de la política comunista asumir de tan buen grado las funciones difamatorias de la policía política. Su obstinación en llevar el debate al terreno moral que, personalmente les interesa tan poco, y de

mostrar de infamia a los "hombres a derribar", como uno marca los árboles, es un homenaje a los valores morales puesto que creen necesario desacreditar a sus víctimas en el plano moral, con el fin de lanzar contra ellas a las "masas" y justificar la futura represión. Un mundo en el que no basta decir, para legitimar la "liquidación física" de un hombre que es perjudicial, en el que es preciso agregar que es vil, avaricioso, venal y criminal, no es un mundo totalmente perdido. Tanto tiempo como la tiranía tenga necesidad de escritores para adornarla con la gloria de los valores superiores y cuorirla por la impostura habrá una probabilidad contra la tiranía. Pues toda impostura se hundirá un día y dejará ver la verdad.

¿No es notable que éste homenaje que M. Pierre Hervé rinde al respeto de los valores morales de sus lectores, lo rinda también a su amor a la patria. Es por "fidelidad a la patria" como él designa la actitud del partido comunista durante la guerra, garantía de la incorruptible severidad del partido comunista respecto a los que no han guardado la misma fidelidad. Ciertamente es la propia naturaleza de ésta fidelidad la que constituye la verdadera cuestión, puesto que ésta es la del derecho de juzgar. Supongamos que mañana comienza la guerra entre los E.E.UU. y la U.R.S.S.. Supongamos que la U.R.S.S. quiera adquirir el control del territorio francés para conducir ésta guerra. Supongamos que el gobierno francés niegue la entrada a las tropas so-



viéticas. Supongamos finalmente que éstas tropas tomen por la fuerza lo que se les ha negado. Los soldados rusos se encontrarán, así, en Francia como invasores y ocupantes. Uno puede imaginarse que entonces renace una resistencia. ¿Están dispuestos a firmar los escritos comunistas, desde ahora, un manifiesto asegurando que en el caso de que parecidos acontecimientos se produjesen, se pondrían inmediatamente a la cabeza de la resistencia contra los ocupantes soviéticos? Es posible, pero no me parece seguro (1). Eso sería un buen medio de demostrar que lo que ellos llaman "fidelidad a la patria" no ha sido solamente el efecto de una coincidencia momentánea entre el interés de Francia y el de... digamos otra patria. Ese sería, por tanto un buen medio de manifestar que su fidelidad a la patria no es condicional y uno podría entonces cesar de negarles el derecho a juzgar en nombre de la "fidelidad a la patria" a aquellos cuya fidelidad a la patria pueda ser puesta a discusión. Porque el problema es ciertamente, el de la culpabilidad de los acusados; y también el de

---

(1) Es sabido que la respuesta a esta pregunta fué dada, después de la fecha en que se publicó lo anteriormente escrito, por la declaración formal de los representantes oficiales del partido comunista francés, afirmando que, en ningún caso, el pueblo francés tomaría las armas contra la Unión Soviética.

la inocencia de los jueces. Pero que el partido comunista tenga necesidad de referirse a la patria, como tiene necesidad de aludir a la moral, que necesite tener al patriotismo así como la honestidad al lado de su policía, es decir, al lado de sus escritores, ¿no es esto como un homenaje de los mixtificadores a los que ellos mixtifican?

(La Table Ronde, abril 1.948)

### Doce balas en la piel

El ruido de una sola descarga de esos pelotones de ejecución, que derriban bajo su fuego a los condenados políticos, debería ser suficiente para impedir a la gente dormir durante noches enteras, si fuésemos un poco mejores, o solamente si fuésemos hombres. Pero las oímos con demasiada frecuencia. Sin duda uno se acostumbra a todo. Llegan hasta nosotros desde Grecia y experimentamos, en el momento, un estremeamiento bastante siniestro. No pensamos largamente en ello. - ¡Hay tantas cosas en las que pensar! Sobre una vasta región del mundo se está extendiendo una capa de silencio. Resuena también en Francia cuatro años después de la liberación; no hace muchas semanas, un cierto Bassompierre... Esto solo tiene como consecuencia unas cuantas líneas en los periódicos. No estamos en los tiempos, si es que esos tiempos han existido, en los que era un axioma de gran moral política

no dar puntos de ventaja al enemigo.

Bien pensado, luego a preguntarme si esas ceremonias en las que se borra a un ser humano de la vida, en la forma más regular del mundo, e incluso solemnemente, por medio de algunos trozos de metal que le agujerean el pecho, no dan lugar a que haya más gente que se alegre que la que se preocupa o indigna. Existen desde luego los del partido contrario que dicen: "esté bien hecho". "Uno menos -una fascista menos, un comunista menos; beneficio apreciable que vale tener en cuenta. Un hombre menos; incidente sin importancia-. Si no fuese él y sus iguales, seríamos nosotros". Existen los del partido al que pertenece el que ha caído y que gritan muy fuerte y muy sinceramente, sin dudas: "¡Mirad los criminales, los bárbaros, los cobardes!. Retened el nombre de ese héroe que ha muerto valientemente por la libertad -o por la patria, o por el proletariado- bajo las balas de los asesinos fascistas -o de los asesinos comunistas-". Pero ésta cólera quiere decir también: "He aquí un poco de combustible, y que arde bien, para el fuego de nuestra causa. He aquí el nombre de un mártir más que agregar a nuestras banderas. Un crimen más que sumar al balance de nuestros perseguidores. He aquí telegramas de protesta que enviar y firmas que recoger. He aquí la agitación. He aquí la propaganda. He aquí un titular sensacional para nuestros periódicos". No existe partido de fusilados sin fusilados. ¿Y qué partido no es, en 1.948, un partido

de fusilados?. El partido comunista es un partido de fusilados sin ningún género de duda; pero los socialistas y los liberales han tenido también bastantes fusilados en la Alemania nazi, en la U.R.S.S. comunista y en las democracias populares de la Europa oriental; los conservadores en la U.R.S.S. y en los mismos democracias populares, en la España republicana, en Grecia durante la tentativa revolucionaria que siguió a la liberación -cincuenta mil en unos días-; los anarquistas y trotskistas en la U.R.S.S. y Barcelona; y los fascistas, después de 1.944, cuentan con una buena partida de fusilados.

Por lo que a mí se refiere, me siento cada día más adherido a un partido que no está, hasta ahora, muy bien organizado, lo que no impide que no cuente también con sus fusilados, y que no le impedirá, si las cosas continúan como hasta ahora, contar bien pronto con otros más el partido de los que dicen: "esto es inadmisibile", cada vez que en algún rincón del mundo un cuerpo viviente es señalado como blanco de doce fusiles o de un solo revólver por altas razones de depuración política. Sé que éste partido oirá decir a los que le rebatan: "ese comunista era un asesino, puesto que los suyos han cometido asesinatos. Ese fascista era un asesino, puesto que ha existido un Mont-Valerien, un Auschwitz o un Oradour. Ese liberal era un cómplice de asesinos, puesto que intrigaba con uno de esos gobiernos reaccionarios que hicieron disparar contra el pueblo el día de la Revolución o durante la guerra

revolucionaria". Pero esto es debido a que todo el mundo es, a su manera un asesino pasado, presente o posible, un cómplice real o virtual de asesinatos, cuando más vale ya, de una vez, adoptar la regla de conducta de no asesinar a los asesinos. Lo grave es que siempre hay buenas razones para matar a la gente. Existe una fórmula célebre: "que los señores asesinos comiencen" -los comunistas no tenían más que no comenzar; los fascistas no tenían más que no comenzar, etc.--. Pues si se cree que puede haber algún término para el canibalismo político, es preciso que alguien comience a no ser un asesino.

Es preciso decir, pues, y decirlo muy alto, que las ejecuciones de los partidarios comunistas del general Markos, en Grecia, son abominables. Aún si esos partidarios con los compañeros de combate de los responsables de las matanzas de Atenas, hace cuatro años, aún si ellos mismos participaron en esa matanza, o en las innumerables matanzas de los elementos no comunistas en las ciudades y campos griegos.-- Aún si reciben una ayuda extranjera y están, de hecho, sabiéndolo o no, al servicio de una potencia extranjera. Aún si Grecia defiende su existencia. Puede ser que no exista otra solución más que la de matar para el que se encuentra frente a un enemigo armado, pero siempre hay solución distinta a ésta para el que se encuentra en presencia de un enemigo vencido, desarmado y prisionero. Que nadie invoque la necesidad en éste terreno. No existe tal necesidad.

Debería serle negada la calidad de humano al que, enfrentado con las ejecuciones de Grecia, no se sintiera herido en lo más profundo de su ser, no se sintiera por esas ejecuciones atraído hacia el primer comunista que se encontrase -el mismo que le fusilaría de buena gana en la primera ocasión favorable- en un deseo de reparación e impulso fraternal.

Puesto que el partido comunista ha abandonado deliberadamente a los no comunistas el monopolio de lo que considera como hipócritas efusiones sentimentales, es lamentable que éstos no tengan suficiente corazón para usar de dicho privilegio. Yo sé que jamás, jamás, jamás se ha visto a l'Humanité indignarse por la ejecución de un "fascista", pedir gracia para un condenado en la U.R.S.S., en Rumania o en Bulgaria o aplaudir una medida de clemencia en favor de los que considera como enemigos. Sé que jamás se le ha visto alabar una medida de clemencia aplicada a uno de los de su campo por los del campo enemigo o reconocer un ejemplo de moderación o de humanidad entre los que combaten. ¿Un gobierno de derechas hace ejecutar a un comunista? "Los asesinos fascistas han hecho correr una vez más la sangre del pueblo". - ¿Un gobierno de derechas conmuta la pena a un comunista o pone en libertad a uno que estaba detenido? "Los asesinos fascistas retroceden ante la cólera del pueblo y no han osado desafiar la indignación popular". En el primer caso, han sido monstruos sedientos de sangre; ¿lo

veis?, Es preciso castigarlos". En el segundo caso, han sido cobardes: "¿lo veis?. Tienen miedo de vosotros? En cualquier caso, lo que han hecho debe volverse contra ellos, y toda la gloria de la muerte, y toda la gloria del perdón pertenecen únicamente al partido comunista. Muerto o perdonado el interesado debe servir. Pero si ello es así -y lo es en realidad- es una razón más para los no comunistas de explotar la ventaja moral que los comunistas les ceden, prefiriéndola a las ventajas tácticas muy discutibles. En la prensa socialista, en la prensa moderada, ha habido protestas, a veces vehementes, contra las ejecuciones de los comunistas griegos, mientras que en la prensa comunista jamás las ha habido contra las ejecuciones de no comunistas por los comunistas. Estas protestas debían haber sido más vigorosas todavía. Frente a los comunistas, debemos adoptar el partido de los que no quieren la muerte de los comunistas, aún si los comunistas quieren la suya, el partido de los que se sienten heridos y rebajados en su dignidad por la muerte de un comunista, cuando los comunistas se sienten crecidos y satisfechos en su interior por la muerte del que no es de su bando.

Es preciso que sea así, si se desea que en alguna parte exista una protesta humana; una protesta en nombre de valores que van ligados incondicionalmente a la calidad humana. Pues la protesta comunista no puede, en forma alguna, ser considerada como hecha en nombre de esos valores, aún cuando y sobre todo considere buena táctica el invocarlos.

La protesta contra la ejecución de un comunista, no está inspirada - más que en la preocupación de conseguir un punto sobre el adversario, cuando llega la ocasión, de adornar al Partido con el prestigio de la represión de que es objeto, o el de una victoria sobre esa represión, si ésta retrocede. El partido comunista está radicalmente unido a tales métodos políticos que necesita la muerte de sus partidarios para justificar la de sus adversarios, que considera indispensable. Es casi cierto que numerosos actos de violencia ordenados por los comunistas tienen por objeto, menos el perjudicar materialmente al adversario que el hacerlo moralmente, provocándole a la represión y a crear lo inespiable entre los que ellos empujan hacia adelante y los que le combaten, es decir, a conseguir muertos comunistas. Después de todo, es buena política.

Pero si uno quiere elevarse a un punto de vista superior al de la buena política, se admitirá que el partido al que se han dejado los - beneficios de las protestas más violentas contra las ejecuciones políticas -de comunistas- es el que ha perdido todo derecho a esta clase de protestas.

El partido que ha ahorcado a Petjov; el partido que ha condenado a Minin a prisión perpetua; el partido que, en Yugoslavia, ha atacado a traición, en plena lucha contra Alemania, a los obreros de Mihilovich, iniciadores de la resistencia antiallemana, que les ha forzado -



así a defenderse por las armas, para poder acusarles inmediatamente de haber hecho el juego a los alemanes atacando a los hombre de Tite, que los ha asesinado por decenas de miles y que ha matado a su jefe; el partido que, hace unas semanas, en el momento que denunciaba al mundo las ejecuciones de Salónica, fusilaba en la misma Yugoslavia a ~~días~~ miembros de la oposición; el partido que ha exterminado en Rusia a los zaristas, a los burgueses, a los desviacionistas de la derecha y de la izquierda, a los anarquistas, a los mencheviques, a los kulaks, a los trotskistas y a los buenos comunistas que habían cesado de estar en la línea; el partido que mantiene actualmente detrás de las alambradas electrificadas de los Mauthausen y de los Auschwitz soviéticos, a quince o veinte millones de deportados, ese partido tiene, ciertamente, libertad para utilizar políticamente a sus muertos, y no hay delito en ello. Pero esta utilización no tiene nada que ver con la ofensa, de la que hablaba anteriormente, y que sentimos en nuestro interior cuando un hombre, cualquiera que sea, en algún punto del mundo que sea, cae bajo las balas de la represión política. Es por lo menos, paradójico oír invecear la humanidad, el respeto de la opinión adversa y el respeto a la vida del prójimo desde lo alto de la mayor pira de cadáveres que haya jamás acontecido en los tiempos modernos el cínico "realismo" asociado al fanatismo y a la voluntad de poder. Es, al menos paradójico, no oír gritar aunque no sea más que débilmente a los que conservan

el derecho de hablar, mientras gritan tan alto los que deberían callar se.

No hay males inevitables en política. No podemos aceptar como inevitables las ejecuciones de los partidarios griegos. No podemos aceptar como un mal inevitable el linchamiento de negros, contra el cual se han sublevado, con razón, M.<sup>o</sup> Jean Paul Sartre y sus amigos, tras de los más genuinos representantes de la inteligencia americana. Pero no podemos resignarnos de antemano a la ejecución de los últimos supervivientes del heroico ejército de los chetniks yugoeslavos y a la eliminación implacable de los opositores al otro lado del telón de acero. - Hasta bajo la mordaza alemana, el universo clamaba sublevado, hace cinco años, a causa de los campos de deportación y de exterminio a los que el nazismo enviaba a pudrir a sus víctimas. El mundo, como anestesiado, apenas se inquieta hoy al saber que al Este del Elba esos campos, todos esos campos han sido repoblados, que son gobernados por una administración idéntica y según idénticos principios, que los prisioneros de derecho común que se mezclaban en otro tiempo con los adversarios del nacionalsocialismo, se mezclan hoy con los del comunismo; que los liberales y los socialdemócratas alemanes, que los habían ocupado desde 1.933 á 1.945, han vuelto a encontrar allí su alojamiento -es posible que el mismo-, su colchón de paja -es posible que el mismo-, después de algunos meses de vacaciones. Todo ha vuelto a empezar. Preciso

será que ésta verdad resplandezca algún día en el mundo. Pero para tener el derecho de elevar la voz en favor de las víctimas del comunismo es necesario que elevemos también la voz en favor de los comunistas, - cuando ellos son las víctimas. Francia no tiene derecho a indignarse - porque se fusile a los partidarios que están al servicio de la hegemonía soviética, si al mismo tiempo fusila a los partidarios que se han puesto al servicio de la hegemonía alemana. No se puede protestar contra las ejecuciones de Salónica si, al mismo tiempo, se mata a Bassompierre.

Lo comprendo perfectamente, me expongo a los sarcasmos con que los comunistas abrumen a los corazones sensibles, a los predispuestos a estados de alma prontos a proteger su delicada conciencia contra el penoso pensamiento de tener que soportar proyectiles que hacen pequeños agujeros en su pecho que late. "Nosotros hacemos la guerra, dicen ellos. Hacemos la dura y larga guerra del proletariado contra el mundo enemigo que quiere arrancarle su libertad. Guardaos vuestras reflexiones sobre la dignidad humana para el día de nuestra victoria, que salvará definitivamente esa dignidad para todos los hombres creando las condiciones materiales en las que podrá ser respetada. Hasta entonces, apliquemos métodos de guerra que lleven consigo el asesinato. Es posible que matemos un poco más que nuestros adversarios, pero, al menos, lo hacemos sin hipocresía". Sin embargo, es precisamente ese "sin hipocresía"

es lo que constituye la hipocresía suprema. Quiero admitir que el proletariado esté en guerra, y que como consecuencia de ello necesite matar a sus enemigos --aunque precisamente sea una de las leyes de la guerra respetar al adversario cuando está reducido a la impotencia-. Pero si hay guerra, hay dos beligerantes que pueden arrogarse el mismo derecho. Hay un derecho común de guerra. Si es legítimo y natural que los comunistas maten a sus adversarios, es en el mismo grado legítimo y natural que éstos adversarios los maten a ellos. Si las ejecuciones políticas, el terror, la tortura y los campos de concentración son armas permitidas, deben ser permitidas para todo el mundo. Es muy difícil pretender justificar las ejecuciones de anticomunistas en nombre del derecho de guerra y condenar, al mismo tiempo, las ejecuciones de comunistas en nombre de la legalidad democrática, de la libertad de opinión y del respeto a la vida humana. Es difícil gritar ¡al asesino! cuando el que es apuntado con un fusil tiene el mal gusto de tener otro entre sus manos, y el peor gusto ~~de~~ de disparar primero.

O entonces, es necesario decir --y se nos dice en efecto-- que en la guerra entre burgueses y comunistas ambos no tienen el mismo derecho; que los comunistas tienen de su lado un derecho superior porque representan la fuerza del progreso frente a la de la regresión, la libertad frente a la opresión, la dignidad humana frente a la que conspira por la decadencia del hombre y que, consecuentemente, le es permitido

lo que es prohibido para sus adversarios. Pero entonces no es necesario invocar el derecho común de la guerra. Al principio, en nombre del cual, se tratan de justificar los asesinatos cometidos por un partido, no tienen nada de común con un derecho de guerra. Es solamente el principio según el cual el que tiene razón tiene el derecho de matar al que carece de ella. Desde éste momento, toda la cuestión consiste en saber si el resultado necesario y legítimo, legítimo por necesario, es la destrucción física del otro. Como se ve no es un asunto sentimental, es un problema de dialéctica.

### El derecho de no tener razón

Necesito hacer algunas observaciones respecto a cartas que he recibido, después de haber publicado recientemente un artículo sobre la justicia de la liberación. Estas cartas proceden de hombres que han estado en la cárcel, condenados a penas, a veces muy duras -aquéllos que lo han sido apenas más duras todavía, no pueden ya escribir-. He de agregar que, salvo raras excepciones, no tienen por objeto una justificación individual, sino una justificación colectiva. No dicen: "Yo...". Dicen: "Nosotros...". Nosotros: los que han sido perseguidos, los que han sido castigados desde agosto de 1.944. Todos unidos y solidarios. La única solidaridad que se niega es la que concierne a los ejecutores de las bajas tareas policiacas, a los seplenes, a los ter-

turadores, a los denunciadores y a los que han traficado con el enemigo para ganar dinero. Pero todos los que estiman haber sido, después del derrumbamiento alemán, perseguidos políticos, han soldado sus argumentos, sus resentimientos y su voluntad de que se les conceda una reparación resplandeciente, para la cual la amnistía no es suficiente.

Merece que uno se detenga en ello. Porque aquellos franceses que tienen buena memoria, saben bien que entre 1.940 y 1.944 lo que se llamó en conjunto, para condenar en conjunto, la "colaboración" o el "vichismo" no tenía ninguna clase de unidad, ni en su organización ni en su ideología. Había en ella gente que consideraba al Mariscal Pétain como la esperanza de Francia, como la única salvación posible, y otros que lo tenían por un fantoche senil en manos de una pandilla de generales deseosos de revancha y de capitalistas americanófilos; había en ella gentes que apostaban por la victoria alemana, y otros que lo hacían por su derrota; y gentes que daban por descontada una paz de compromiso entre adversarios agotados; había quienes pensaban que era necesario poner buena cara al enemigo, provisionalmente, mientras llegaba el momento de arreglarle las cuentas, y otras que creían que éste enemigo no era tal y que únicamente fuerzas diabólicas, anglosajonas y judías, habían lanzado a Alemania contra Francia, que Alemania victoriosa ofrecería graciosamente a Francia la mitad de las responsabilidades en un condominio europeo, y que con lo que quedaba de un —

ejército y de una aviación, que tan bien habían sido probados en 1940, sería preciso partir para la conquista de Inglaterra. Había también - los que no querían ni a Hitler ni a Alemania, pero que le tenían todavía más miedo a la Unión Soviética y pensaban que no debían oponerse - obstáculos a los alemanes contra ella - la posesión de inmuebles o de - un fajo de acciones, estaba muchas veces relacionada con esta postura - había los de formación marxista, que pensaban que el nacionalsocialismo era la única probabilidad para el advenimiento del socialismo. Estaban los que no querían a Hitler, pero que creían necesario estar a su lado porque resultaría victorioso. Los que le querían y pensaban estar con él hasta el final. Y, finalmente, los que pensaban que Francia debía mantenerse en reserva, concediendo un mínimo de ventajas a un enemigo exigente, y capear el temporal.

Esto traía consigo muchas ideas diferentes, que difícilmente se ponían de acuerdo. Es preciso recordar cómo a las consignas de "Francia solo" se oponían a las de "Europa unida", cómo la Action française - puede testimoniarlo porque estaba allí - trataba a Je suis Partout, y cómo la prensa de París trataba al gobierno de Vichy?. En efecto, las diferentes actitudes políticas que cómodamente se han confundido enseguida bajo el nombre de "inteligencias con el enemigo", eran no solamente divergentes, sino irreconciliables, y hubieran podido ser, más - bien, un caso de competición por el poder, origen de conflictos tan -

violentos como los que oponían a "resistentes" y "colaboracionistas". Después de la liberación se han fusilado juntas a personas que, llegado el caso, se hubiesen fusilado unas a otras, o por lo menos así se lo habían prometido de palabra y por escrito. Si hoy están unidas es porque han sido perseguidas y condenadas juntas. Su unión ha sido cimentada en la prisión y en los tribunales, lo mismo que la unión entre los "resistentes", miembros del ejército clandestino o partidarios franco-tiradores, reaccionarios o comunistas estaba sellada en los calabozos de Fresnes o en los locutorios de la Gestapo. Es un lazo muy fuerte el de los mismos sufrimientos a soportar, el de los mismos rostros a odiar y el de las mismas razones para esperar o desesperar. Por el hecho de la liberación, se ha producido una evolución inversa en esos dos semejantes contrapuestos, de tendencias contradictorias en las cuales solo la opresión sufrida y las pruebas a afrontar podían establecer una ligazón. La Resistencia ha dejado de constituir un bloque. La "Colaboración" -que contaba, desde luego, con un buen número de no colaboradores- ha llegado a constituirlo. Uno de los más serios inconvenientes de la represión política es, sin duda, que tiende a unir entre ellos a los adversarios del régimen reinante, en lugar de separarlos que es a lo que debe tender toda buena política.

Pero vuelvo al caso de los que me escriben. "Nosotros..." dicen, y acabo de demostrar que ese nosotros no tiene otro sentido que el de -



la solidaridad establecida por la represión. ¿Qué significa, pues, exactamente, ese pronombre colectivo, cuando es empleado para exigir de los "resistentes" el reconocimiento de una cierta verdad política sobre la cual, precisamente, los no resistentes no están nunca acordados? "Teníamos razón", escriben mis corresponsales. ¿Qué nosotros? Todos los que han sido condenados no pensaban lo mismo. ¿Quién tenía razón? ¿Los que creían que el nacionalsocialismo era la forma más admirable y la solución suprema de la civilización occidental? ¿Los que creían que era preciso dejar que Alemania se desgastase en una guerra implacable contra sus adversarios, evitando de nuestra parte los golpes perdidos? ¿Los que gritaban: ¡Viva el Mariscal! ¿Los que seguían a Marcel Déat? ¿Los que se aprovechaban de su puesto en la administración de Vichy para enviar noticias a los servicios anglo-sajones? — ¿Los que jugaban el doble juego o los que no jugaban ninguno?. Es muy difícil admitir que todas esas gentes a las que se ha encarcelado simultáneamente, tuvieran razón al mismo tiempo. Es, igualmente, difícil admitir que todos los que no han sido encarcelados, y que han encarcelado a los demás, hayan tenido razón por encima de todo. Pero — los que componían la "Resistencia" han acertado por lo menos en un punto. Han pensado que Alemania no podía ganar la guerra, que Alemania la perdería. Lo han creído desde 1.940, y, en éste punto, no puede decirse que se hayan equivocado. Creo que los que estimaban que la

derrota de Alemania ha sido una desgracia para el mundo, y que hubie-  
ra sido preciso luchar para impedirlo, no incurrirán en la puerilidad  
de pensar que lo que restaba de las fuerzas militares de Francia des-  
pués de la catástrofe de junio de 1.940, hubiese sido suficiente para  
hacer cambiar la situación.

Agrego, que no doy a los que apuestan por el buen caballo, un mé-  
rito extraordinario por su perspicacia. En primer lugar, porque si todo  
el problema se reducía a apostar sobre el buen caballo, las grandilo-  
cuentes palabras de honor y de deshonor, de patria y de traición que  
por una y otra parte, con tanta profusión se han cruzado, parecerían  
bastante ridículas. Bastante ridículas también las condenas y las eje-  
cuciones. Si todo lo ocurrido en el período 1.940-1.944 no ha sido -  
más que una especie de gran lotería, en la que los jugadores han ex-  
plorado ansiosamente el futuro, preguntándose quién sería finalmente  
el ganador, no son los argumentos de un partido los que se derrumban,  
sino los argumentos de los dos partidos. Es cierto que en la historia  
como en la lotería, nadie tiene razón hasta después que todo ha pasa-  
do. La derrota de Alemania en 1.944 ha dado la razón a los que creían  
en ella desde 1.940, pues en esta fecha los dados estaban en el aire,  
la partida no había terminado de jugarse. La previsión de la derrota  
alemana se ha visto, al fin, verificada; no estaba fundada más que en

hipótesis entonces inverificables, sobre datos que encerraban una serie de incógnitas y sobre noticias, en parte, falsas. De esta forma - nadie podía saber en 1.940 -ni el mismo Führer de Alemania, el primer ministro de Inglaterra y el presidente de los EE.UU.- que el III Reich perdería la carrera de la bomba atómica. ¿Qué hubiera pasado si la - llega a ganar?. A partir de noviembre de 1.942, a partir del desembarco en Africa del Norte y del fracaso definitivo de los Alemanes en Rusia, el noventa y cinco por ciento de los franceses -yo mismo, señores- estaban convencidos de que Alemania había perdido definitivamente la guerra. Sin embargo, la guerra fué perdida definitivamente por Alemania, pero no lo estaba en noviembre de 1.942. ¿Quién puede asegurar lo que hubiese ocurrido si la serie de las armas nuevas alemanas -entonces se creía en un engaño propagandístico- hubiese estado dispuesta?. Para quien pesa las fuerzas en presencia, o al menos las - fuerzas virtualmente en presencia, desde junio de 1.940, la victoria de los adversarios de Alemania no podía dejar lugar a dudas, a pesar de la ventaja provisional tomada por Alemania en la puesta en marcha de su propia capacidad de combate. Pero la rapidez de las revoluciones técnicas en nuestra época es tal, que un país aún sensiblemente inferior en fuerza, puede -con la condición de poseer un equipo industrial importante- adquirir durante cierto tiempo una superioridad en calidad técnica suficiente para provocar una decisión militar. No es

precise para ello más que algunos descubrimientos afortunados. Hoy se sabe, que faltó poco en 1.944, después del desembarco en el Oeste, para que el ejército alemán si hubiese podido sostener sus líneas durante algún tiempo más, la guerra hubiese entrado en una nueva fase técnica en la que sus adversarios habrían experimentado penosas sorpresas. La decisión final no hubiese cambiado probablemente, pero nadie puede afirmar <sup>con</sup> exactitud. Lo mismo que nadie puede afirmar de manera absolutamente legítima e indiscutible que, en tal o cual circunstancia pasada, habría tenido razón de prever tal o cual evolución de los acontecimientos, y de actuar en consecuencia. La evidencia cartesiana, la evidencia matemática no existe en la historia. Es imposible probar que el armisticio de 1940 era la solución mejor, o que Francia hubiese sido tratada como Polonia si no hubiese existido el gobierno de Vichy -¿per qué como Polonia y no como Bélgica?-. Si la Resistencia no hubiese actuado es posible que Francia recibiera mejor trato por parte de Alemania. Pero no es seguro. Podría haber sido en ese caso peor tratada por los anglosajones, pero no puede asegurarse de antemano. Estamos en un dominio en el que podemos creer lo que queramos.

El terreno en el cual se colocan las víctimas de la represión de 1944 - "Teníamos razón"- es doblemente frágil. En primer lugar, porque ese nosotros representa a gentes que tenían ideas diferentes, e incluso contradictorias, y no podían tener razón al mismo tiempo. En

segundo, porque los condenados de 1944 no pueden probar en forma alguna que tuviesen razón, y porque sobre un punto, que podemos considerar como capital, los acontecimientos han dado la razón a sus adversarios. Alemania ha sido aplastada, y los que desde 1940 estaban convencidos - de ello y de que Francia continuaría la lucha y los que luchasen se encontrarían al final en el campo de los vencedores, pueden invocar con mucha mayor razón que cualquier otra afirmación histórica que cuando dicen: "Teníamos razón", estaban en lo cierto. Lo sorprendente del caso es que los condenados de 1944, no comprendan que al decir: "Teníamos razón" enfocan mal el problema, o que el problema no está donde lo presentan. Lo único inaceptable en la situación de esos condenados - exceptuando los denunciantes y torturadores, a los que nadie hasta ahora ha defendido - es que hayan sido condenados tuviesen o no razón. Lo que merece protesta, y llegado el caso reparación, no es que haya personas condenadas, o fusiladas, porque tenían o no razón, sino que que estén en prisión o hayan sido fusiladas por manifestar una opinión, fuese o no razonable.

Cuando los condenados hacen la pregunta: "por qué se no ha condenado si teníamos razón?", entrar en el juego sin ninguna duda, entran en la moral de los que los han condenado. Admiten, implícitamente, que se les habría podido condenar si se hubiesen equivocado, que se puede condenar a un hombre por haberse equivocado, por la única razón de no haber teni

do razón. Parece como si ellos mismos estuviesen dispuestos a reconocer que se tendría el derecho a encarcerarlos, si se pudiese probar que no tenían razón. De forma que los que les han colocado en esa situación pueden responderles: "queráis que os ponga en libertad porque habeis tenido razón. Creéis, pues, que yo no la tenía y que debía estar en prisión en vuestro lugar. Cuestión de punto de vista. Yo sigo creyendo que estabais equivocados, luego os mantengo encerrados". Esta respuesta no carece por completo de fundamento, pues los hombres que adoptaron el partido de la colaboración no eran, en su totalidad, liberales. Sentían alguna admiración por los principios totalitarios o, al menos, los consideraban como un mal necesario para nuestros tiempos. Admitían sin demasiada pena que otros fuesen detenidos por que "no tenían razón". Es posible que todavía ~~crean~~ que los que no piensan como ellos pensaban deberían estar en la cárcel en lugar suyo. Es curioso constatar como, en el mundo moderno, uno se bate por saber quien estaban equivocado o tenía razón, pero que el derecho para el que tiene razón de meter en la cárcel al que no la tiene está prácticamente considerado como fuera de discusión, tenido por un derecho indiscutible.

Ahora bien, el problema es precisamente separar dos problemas que no tienen relación común. El problema de saber quien tiene o no razón es un problema, y se presta a infinitas controversias. El proble

ma de saber si el que tiene razón puede meter en la cárcel al que no la tiene, es otro problema que no permite ninguna controversia. Maurice Bardeche y los demás apologistas de la colaboración reducen singularmente el alcance del debate llegando a proclamar, frente a los carceleros, los magistrados, los verdugos y los policías de la depuración: "Nosotros teníamos razón". Lo que habrían debido proclamar, lo que deberían proclamar es solamente esto: "¿Y si nos hubiésemos equivocado?".

Porque el proceso a defender, el proceso a ganar en el mundo de la mitad de este somnoliento siglo, no es el proceso de los que tienen razón, es el proceso de los que se han equivocado.

En nuestra época, uno está más expuesto a no tener razón que a tenerla. En primer lugar, porque el espíritu humano está debilitado y sujeto al error, como lo hacen notar los moralistas desde hace mucho tiempo. En segundo lugar, porque la historia ha tomado un rumbo tan extraño y tan inesperado en nuestros días, que la experiencia anterior y la sabiduría tradicional no tienen más que un valor escaso frente a situaciones sin precedentes. Finalmente, y sobre todo, porque el que decide en definitiva, quién tiene o no razón es el más fuerte. El que es dueño del gobierno, los tribunales, la policía, la prensa y la radio tiene razón. ¿Tiene todo esto porque tiene razón? ¿Tiene razón porque tiene todo esto?. El hecho es que tiene razón. ¿No lo com-

prendéis?. Id pues a probarle lo contrario.

(Por si acaso existiese alguna duda, por si hubiese alguien todavía que no estuviera convencido por completo de que el que tiene el gobierno, los tribunales, etc., tiene también razón, están los procesos políticos, los procesos en los que el propio acusado rinde homenaje a esta razón que detenta el más fuerte, en los que, para que nadie lo ignore, el que no tiene razón viene a proclamarlo en una forma mucho más definitiva de lo que nadie pudiera creer).

¿Tiene derecho un hombre a equivocarse, o el que se equivoca es culpable?. He aquí la cuestión. He aquí la única cuestión. ¿Posee un hombre derecho a tener ideas contrarias a las de la mayoría de sus conciudadanos -si está en ellas el criterio de la verdad-, sobre el régimen político que conviene a su país, sobre las alianzas que le conviene concertar, sobre el proletariado, la monarquía, Lenin, la existencia de Dios, la paz y la guerra, sobre la evolución de la historia y aún sobre la evidencia matemática?. ¿O bien en esos casos es legítimo considerarlos como traidor, como un insociable irreductible, y como un deshecho que el organismo social debe eliminar inmediatamente en interés de la salud general?. No existiendo nadie que tenga razón, nadie que tenga razón en todo, el derecho de equivocarse es el derecho más universal, más sagrado y más indispensable; es el derecho que a todo el mundo importa. Que sea necesario admitir, para ese dere